

LA INTENSA Y COTIDIANA BÚSQUEDA DEL ARTISTA
"Un pintor de hoy", John Berger. Alfaguara, 2005

Patricio Féminis

Universidad Nacional de La Plata



¿Qué sucedió allí, a lo lejos, en la Hungría añorada? ¿Qué llevó a Janos Lavin, años después, ya en Londres, a abandonar todo y desaparecer, en momentos en que comenzaba a ser reconocido su talento como artista? "Un pintor de hoy", primera novela de John Berger, escrita en 1958 y reeditada por Alfaguara este año, propone una reflexión alucinada sobre el rol del artista y los reparos que subsumen su universo creativo a las manifestaciones de la realidad objetiva. El compromiso, denostado hoy bajo el argumento de "anacrónico", se vuelve en la prosa despojada del escritor inglés una obsesión, un desafío, el motor que posibilita que esté en su tiempo.

Un amigo hojea el diario de Lavin para explicarse su ausencia, y descubre las angustias de un militante socialista aquejado por el recuerdo de Laszlo, juzgado en Hungría por contrarrevolucionario y finalmente asesinado. Desertor, refugiado en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, Lavin escribe buscando purgar su conciencia: ¿hubiera sido él el ajusticiado de haberse quedado en su país? Será tarea de John hilar los acontecimientos, reescribir sus vivencias con Lavin, contrastar ambos recuerdos y ensayar una posible respuesta.

Berger trabaja varios pasajes con pluma nítida, simple; por momentos sus reflexiones sobre el rol político del arte la vuelven circular, algo hermética, pero el producto final encuentra el equilibrio, su razón de ser. Janos Lavin pinta día a día sin descanso, estudia el carácter de su obra y a sí mismo: vislumbra desde lejos (traza) su propia soledad, busca plasmarla en el lienzo, se reconoce plenamente húngaro,

mientras pone en discusión -como marca de época- el carácter del socialismo imperante en su país. Del dolor de ya no estar, sobresalen marcas que oscurecen el lienzo, lo revisten de sentido, opacan el blanco y ameritan "decir" algo. Ser escritor, como pintar, conlleva en su dinamismo estético una denuncia al presente, teñido de conformismo y vacío de sentido.

Cómo observar; posicionarse; pintar para trascender la angustia. El verdadero artista -nunca objeto de su obra- no logrará salir ileso; Berger no elude un operativo de revalidación de la memoria, como un entramado de situaciones. "Miraras a dónde miraras, veías gente tumbada en la hierba; unos abrazados; otros cubriéndose los ojos con periódicos. Era como si de pronto el sol hubiera convertido el drama en comedia", denuncia Lavin, quien rechaza en su trazo delgado y cansino la moral de posguerra, autocomplaciente, provinciana, decadente. El vacío, la falta de incentivo, intuye Lavin, llevará a Inglaterra -espejo de sí misma- a la decadencia, la dejadez, el miedo al otro.

Lejos del dogma

Janos Lavin observa de reojo a sus contemporáneos: muchos de ellos, reconoce, de fértil inspiración. En la progresión de la novela, se lee en su diario las preocupaciones del artista inmerso en su campo, en lucha y reafirmación permanente, que opera sobre sus integrantes esterilizándolos, adormeciéndolos, como si un filtro los recubriera. Janos sabe de sí: se siente capaz de retener el instante de luz, se enfrenta con el agotamiento creativo y vuelve sobre sus pasos para recuperarse como sujeto activo, entiende él, plenamente socialista.

De cara al porvenir, encuentra un punto de apoyo: "uno actúa con mayor sinceridad cuando evita ahondar en todos los motivos", intenta convencerse. Consciente de su vejez, sin devaneos morales, asume que "la acción sincera es el resultado de enfrentarse con franqueza al resultado: las acciones más sinceras de mi vida han sido las políticas". En su quehacer diario, frente al lienzo que adquiere sentido, en sus múltiples capas se develan las preguntas: ¿vale la pena esa obra, para la

que se emplea tanto tiempo? ¿no es ficticia la obsesión por aprovechar el tiempo, de cara a un futuro inminente, deseado? Lavin no puede responder, sólo seguir pintando.

La novela contiene una ética, un desafío. De nada vale establecer comparaciones vagas con artistas de otras épocas. Al observar viejas obras, Lavin se enorgullece de su propio esfuerzo, su desvelo cotidiano. La disciplina que impuso el Partido transige fronteras, bastardea la revolución, unifica criterios. Laszlo asumió su culpabilidad y se dejó morir. ¿Valía la pena? Se desvela su amigo, aquejado por la culpa. ¿Puede la abstracción acicalada pasar por figuración? ¿Debe lo irrenunciable, la disciplina volverse acto, experiencia creativa, cotidiana? Buscando dar por terminado El nadador, su último cuadro, Janos Lavin confiesa: "nunca hubiera debido ser pintor. Sólo la obligación moral de trabajar me hace persistir".

John Berger, crítico de arte y hacedor de radio, desmenuza la mirada burguesa frente al arte, aprende de ella y busca superarla. Cada época -no la mirada universal, divina- genera sus dificultades, su contradicción. La pretendida universalidad del hecho artístico esconde una opción política, un error nada ingenuo: la capacidad crítica es desdibujada, lo histórico queda en segundo plano. Como Thomas Mann, autoproclamado espíritu de su nación, los artistas contemporáneos se erigen miembros de un jurado que se desprende de su tiempo, hacia un universo intocable en el que puedan ser "reconocidos", legitimados por sus pares. Janos Lavin se ríe de esta tendencia, se edifica en soledad, construye su obra al resguardo del bastardeo creativo y al servicio de "la humanidad": su realización plena, su liberación, no depende del arte como elemento clarificador, pero el artista debe persistir en su intento por decir la verdad, trabajar sobre ella, luchar por una mirada certera y esperanzada sobre el futuro. "Claro está que el deseo de mejorar el mundo no vale de nada por sí solo. Claro está que hay que añadir: ¿cómo? y ¿para quién? Y en cuanto intento dar respuesta -dice Lavin- a esas preguntas, me doy cuenta de que son necesarias la organización y la disciplina...".

En la lectura de esos diarios que Lavin elaboró durante tres

años se devela el carácter de la mirada; el sentimiento de culpa frente a lo que se dejó atrás; la pregunta inquietante acerca de si valió la pena, si se debe volver sobre los pasos, si puede revertirse lo que la Historia traza, completa, insinúa. No sin dolor, en la desaparición del pintor se vislumbra una salida, como una toma de posición: "La lucha -siempre presente y siempre distinta- de los hombres por realizar más plenamente todo su potencial". Al igual que en el cuadro, en que cada pincelada es irreversible y requiere hacerse cargo de su incidencia sobre el conjunto, en la disciplina frente al objetivo común, a la que deberá volver Lavin, el artista se buscará a sí mismo, se alejará para volverse humano.